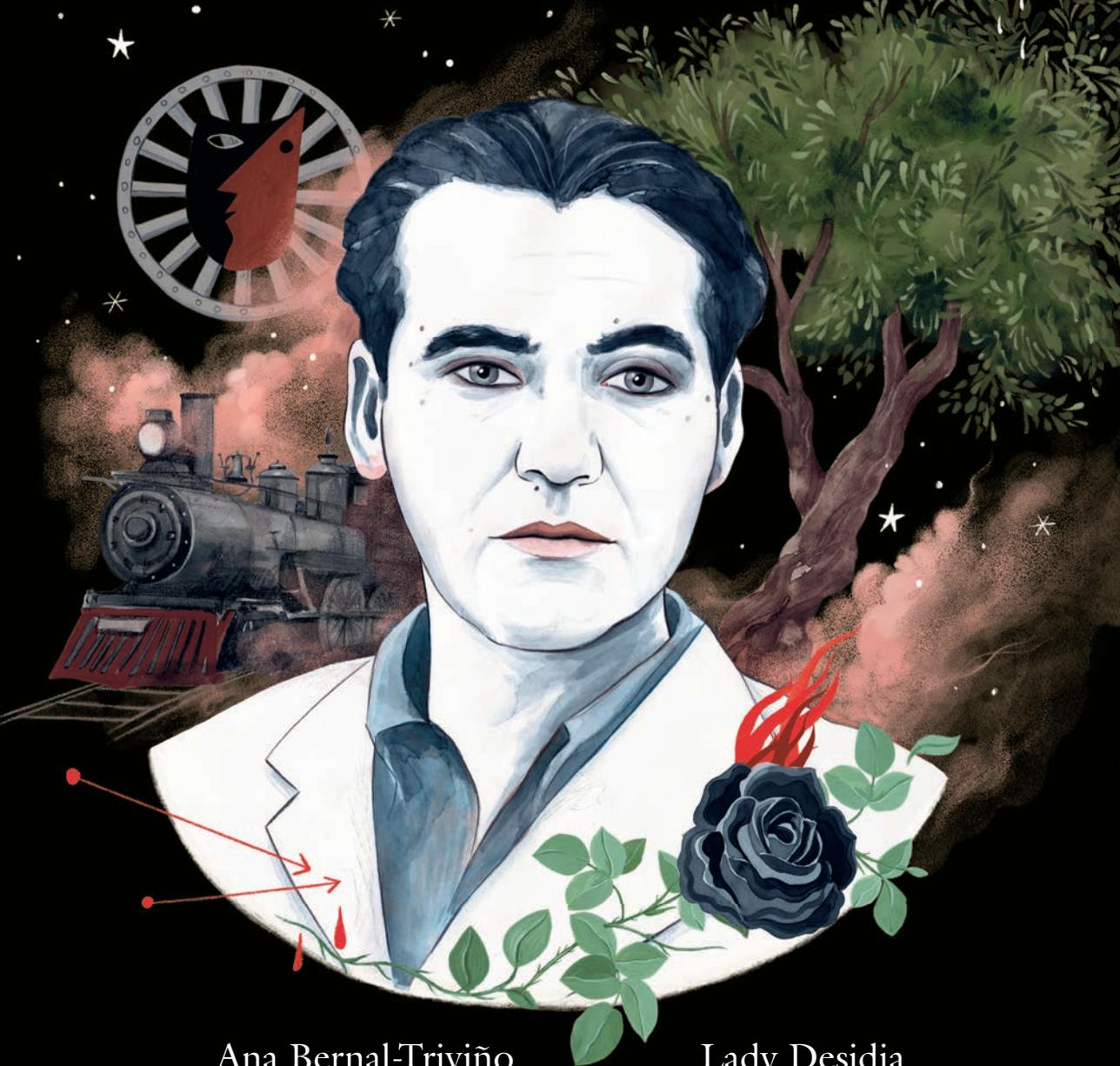


Vuelve Federico



Ana Bernal-Triviño

Lady Desidia

Vuelve
Federico

Ana Bernal-Triviño

Lady Desidia

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de los textos, Ana Bernal-Triviño, 2023

© de las ilustraciones, Lady Desidia, 2023

© Editorial Planeta, S.A., 2023

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.instagram.com/lunweg

www.facebook.com/lunweg

www.twitter.com/Lunweglibros

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: B. 11.862-2023

ISBN: 978-84-19875-01-3

Impresión y encuadernación: Macrolibros

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Rosa negra	11
Rosa gris	57
Rosa blanca	121
Rosa sin pétalo	165
Epílogo	218

La noche sin luna cubría con un manto de oscuridad el cementerio, donde el único ápice de vida era el sonido de unos grillos que cesó ante su presencia. Entre la muerte solo latía acelerado por la rabia el corazón de un hombre, que caía de rodillas ante una tumba. Con la respiración agitada, exhaló mientras arrugaba entre sus manos una página. Era aquel trozo de papel escrito por Federico que había recogido ante sus pies hacía un año, mientras caminaba por el río. Retorcía aquellas letras con una fuerza tan extrema que parecía descargar en ellas la forma con la que aplastaría el cuerpo de Federico si lo tuviese delante. Tiró la hoja prensada entre sus dedos para limpiar con sus manos la lápida hasta descubrir el nombre. Supo de su fortuna. Él tenía una tumba donde honrar, con un nombre que ni todo el polvo de la tierra cubriría. Sonrió satisfecho, sabiendo que Federico no corría tal suerte porque yacía oculto y sin dignidad. Sobre la tumba, con un lápiz, escribió las letras del alfabeto, luego números y así hasta completar lo necesario para invocar al más allá. Desde lejos, el vigilante del cementerio asistía ante aquel escenario. Sabía a quién estaba invocando. Sabía quién estaba bajo tierra. Y le aterró tanto que aquellas oscuras energías se extendieran por el camposanto, que se alejó con premura mientras se persignaba sin cesar, con la única idea de informar al sacerdote sobre lo presenciado e intervenir frente a las almas malignas.

El ruido de aquellos pasos que huían le alertó, y cesó en su invocación. Aunque ya tenía su objetivo conseguido. Sintió un escalofrío intenso y comprobó, con su respiración, que expulsaba un fuerte vaho. La muerte estaba ya con él. Se incorporó y, ante aquella sepultura, se enorgulleció de haber mantenido su promesa, pisó con desprecio los restos de la carta que había tirado a la tierra y juró, ante su muerto, que Federico nunca volvería.



ROSA NEGRA

El sonido del llanto lo desveló. Con esfuerzo, levantó sus párpados, a la vez que los sollozos y lamentos de desconsuelo se mezclaban con susurros de letanías y oraciones. Primero reparó en las manos que, frente a él, sostenían un pañuelo. Y ascendió con su mirada hacia el brazo y el resto del cuerpo, hasta llegar a una cabeza cubierta con un velo negro. Junto a ella, otra idéntica. Y luego, otra. Y luego, otra. Hasta que le resultó imposible contar el número de mujeres que, descansadas en las sillas de enea, vestidas de luto riguroso y con sus rostros cubiertos, rezaban a media voz y lloraban. Era la cabecera de un duelo. Federico sintió que su cuerpo apenas pesaba. Tomó un metro de distancia de aquella escena y lanzó un alarido cuando comprobó que el difunto al que esas lloronas honraban era él mismo.

Despertó. Y comprobó, tras incorporarse sobresaltado, que estaba en la Huerta de San Vicente. Se palpó todo el cuerpo con sus manos aún temblorosas. Y tomó conciencia de su muerte. Recordó cómo aquella pesadilla había ocurrido meses antes de que fuera fusilado. Desde entonces, ese mal sueño se repetía una y otra vez. Intentó respirar y templar su angustia. Llevó su visión hacia la Virgen Dolorosa del cabecero de su cama, como si esperase una respuesta a tantas preguntas como le había hecho antes de huir, y bajó la mirada. Se sentó en la cama y acarició la colcha de ganchillo hecha por su madre. Nunca supo el motivo, pero, perdido en ese espacio donde nada ocurría, apreciar los detalles, tocar los objetos de su casa,

palpar las texturas que había creado su madre era como volver a sentir su mano. Caminó hacia su ventana y comprobó que, en el horizonte, ya se adivinaba la tenue claridad de la mañana, pero que aún permanecía la bóveda nocturna, entre negra, morada y azul, sobre la casa. Reparó, por los jazmines olorosos, en que era verano. Y, de golpe, se percató de que debía de ser el día de la cita anual con sus mujeres.

Salió de la habitación y, a oscuras, descendió los escalones pensando en encontrarse con sus personajes, como cada verano. Incluso tenía en mente asuntos por tratar con Yerma, Doña Rosita o Zapatera. Abrió la puerta de la casa, sintiendo un golpe de aire fresco sobre su rostro que le devolvió el ánimo. Miró a derecha e izquierda. Caminó hacia el limonero, hacia la parte trasera de la casa, hacia la entrada oficial, al ciprés que representaba a su hermano, y percibió, entre la naturaleza perezosa que se abría paso, el sonido de unos cascabeles diminutos. Al fondo del camino de los cipreses pudo adivinar su silueta, que se aproximaba, hasta descansar a unos metros ante él y retirar la caperuza que ocultaba su rostro.

—¡Conjuradora! ¡Yo sabía que no me fallabas! —exclamó, mientras la abrazaba atropelladamente y Dolores intentaba moderarlo.

—Federico... Federico, calma.

—Dime. —Paró, pero la miró abriendo muchos los ojos, como el niño pequeño que acaba de descubrir la vida—. Esta vez presenciare cómo llegáis todas, ¡que me muero de las ganas, no puedes imaginarte! ¿Dónde están las demás? ¿Y tu Yerma? ¿Y tu hija? ¿Les queda mucho? ¡Esta vez he llegado el primero! ¡El primero!

Dolores intentó moderar su ánimo.

—Baja la voz, Federico. Hazme caso. Nos pueden descubrir —matizó, a la vez que tiraba de su mano para llevarlo hacia la ventana central de la casa e invitaba al poeta a descansar un poco sobre el pequeño poyete.

—Por supuesto, prometo con solemnidad obedecer —entonó con voz rotunda para aligerar, después, de forma inmediata—, pero cuéntame, no puedes dejarme así. Estoy desvelado de las ganas que tengo de veros y

estar en reposo, en esta ocasión. ¡Y no te he contado! ¡Acabo de soñar con mi propia muerte ahora mismo!

Conjuradora mostró un semblante de preocupación. Federico intuyó que aquel gesto escondía algo más. Se fijó en ella, mientras descansaba el bastón en la pared, dejándose atrapar por el tintineo del roce entre los cascabeles diminutos, y reparó en que, junto a ellos, había esta vez un enigmático objeto, con un aro central cubierto por una red y unas plumas pedunculadas. Pero el rostro de Dolores volvió a captar su atención, y entendió que todas aquellas preguntas atropelladas, aquellas ganas explosivas y aquel ímpetu indomable debían apagarse. Conocía a sus mujeres como si fuera su propio padre. Aquella mirada de Dolores desvelaba inquietud, cuando menos. Y ella tampoco podía perder tiempo.

—Federico, en estos encuentros pasados, me has pedido siempre volver a ver a los tuyos, retomar las conversaciones que quedaron pendientes o cerrar heridas... —desglosó, mientras el poeta asentía con prontitud a cada referencia, ávido por saber más—. Yo estaba dispuesta a intentarlo, a traerlos aquí... pero todo se ha complicado.

—No puedo escucharte, Dolores, no puedo... —confesó el poeta, con la voz débil de un niño que no recibe nada en la noche de Reyes y siente vacío su corazón—. Sé que no me prometiste nada, pero también sé que tu mirada me oculta un dolor que no te atreves a compartir. Antes de que me mataran mucha gente me mintió. Semanas antes me decían que nada me pasaría, que yo no correría peligro, y mi sangre se derramó ante el silencio de todo un pueblo. Nadie vino a por mí. No quiero que nadie más me mienta. Y menos, tú. Dime la verdad.

Conjuradora hizo una pausa y, con su mano, invitó a que Federico se girase y mirara desde fuera hacia el interior de la casa, que empezaba a ser iluminada con un extraño tono aún azulado, antes de que la luz plena del sol irrumpiera.

—Han cambiado las normas. Mira la rosa.

El poeta apoyó sus manos y su cabeza en el cristal, intentando ver con más claridad, y contempló la *rosa mutabile* que siempre guiaba aquellos encuentros.

—¡Es negra! Es una rosa negra y enorme.

Federico le devolvió la mirada, intrigado.

—Tú la creaste. Es tu rosa de la muerte. Se invocó en el último encuentro, para recuperar a Novia. El mundo donde reposáis los espíritus es, en muchos detalles, inexplicable e indomable. Hay personas atrapadas en espacios negros y grises, que no descansan. O personas que no pueden hablar con sus muertos. O quienes siguen conectados a la tierra, sin poder descansar ni abandonar ese lugar intermedio.

Dolores hizo una pausa intentando ordenar lo que debía decir, pero las dudas sobrecargaban a un Federico cuyo rostro desvelaba una incertidumbre inabarcable. Descansó su cuerpo, de nuevo, sobre el poyete de la ventana principal de su Huerta y la miró, ávido de respuestas.

—¿Qué quieres decirme? Ese espacio inabarcable es gélido, inhóspito e inhumano. Estoy perdido. No sé ya hacia dónde ir. Estoy en una constante sensación de amenaza que me impide descansar. Estoy solo. Terriblemente solo entre tinieblas que ni me abrazan ni me calientan. Ando como un vagabundo, donde me cruzo con sombras irreconocibles, con un aspecto torvo, que no me hablan, ni me miran, ni me llaman por mi nombre y me condenan al silencio. ¿Tan mal lo hice en la vida para no solo matarme por odio, sino para condenar mi alma a no descansar en paz? ¿Qué mal hice yo?

—No, no, Federico, no es eso —respondió para calmarlo—. Es que no todo es como queremos.

—¡Lo sé! ¡Pero por qué yo nunca puedo ganar! ¿Por qué todo el mundo me corta las alas?

—Federico, seré franca. Esa rosa negra significa que quieren matar hasta tu alma para que desaparezcas, por completo, del mundo. Una magia oscura ha conseguido que muchas personas empiecen ya a olvidarte. Quienes están en el más allá. Por eso ves sombras que no te paran ni te

reconocen. Que nadie sepa tu nombre, que nadie te recuerde, ni siquiera tus propios personajes, que terminarían contigo. Una *damnatio memoriae*, una condena de la memoria, una condena al olvido para siempre.

—¿Por qué?

—Pensarás que el mundo avanza. Y que hay odios y rencores que murieron. Pero, en verdad, permanecen latentes, dispuestos a revivir ante la menor ocasión. Hoy día hay personas que se empeñan en impedir tu evocación, tu nombre incluso. No hace falta que te destruyan, ni siquiera. El tiempo es el mayor amigo del olvido.

—¿Puedes impedirlo con tu magia? —propuso con esperanza.

—No, pues no es mi recuerdo el que corre peligro. Nada mejor que tú para hacerlo, pues tu presencia antes quienes ya te hayan olvidado o puedan olvidarte permitirá que sus recuerdos no se borren. Y, con ello, que permanezcas.

—Pero... ¿cómo lo hago? —cuestionó él, con angustia.

—Harás un viaje por tu vida, y tu deber será recuperar recuerdos. Que te reconozcan las personas antes de que te olviden y, con ellas, rescatar momentos compartidos y lugares. Tienes que reescribir tu vida. Y te encontrarás con almas que quizás no te reconozcan y con otras que, de inmediato, caerán en tus brazos. Otras tardarán un instante, mientras bucean en ese mar de momentos pasados que albergamos. Pero no será fácil. Cuando esta rosa negra aparece, también lo hacen los escuadrones de la muerte... Abrir la llave del pasado se hace con todo, con lo bueno vivido y con lo malo. Igual que podrás recuperar a personas que te quisieron pueden entrar quienes te odiaron. Y habrá objetos o lugares que serán una trampa por la que sombras oscuras lleguen hasta ti.

Federico se estremeció ante aquel nombre que atemorizó a todo el mundo en el inicio de la guerra, con aquella simbología de unas camisas negras que representaba la anulación de cualquier luz. Decir «escuadrones de la muerte» era saber que tu vida acababa. Meditó en voz alta, con múltiples recuerdos que se agolpaban uno tras otro.

—¿Adónde voy? Si huyo, no puedo ver a los míos, ya estoy en la Huerta, debo esperarlos aquí... ¿Y cuánto tiempo tengo?

—He consultado tratados y averigüé que lo que descansa en tu mesa es una rosa negra, pero *mutabile*. Antes, la rosa roja marcaba la sangre, la vida. Ahora es la rosa de la muerte, no hay sangre, no hay latido, no hay existencia. Marca el tiempo, pero el tiempo de los muertos. Durará un día, como siempre. Y solo tú podrás hacer que cambie de color en esta ocasión. Solo si consigues avanzar con tus acciones y decisiones. Deberá cambiar de negra a gris y a blanca. Cuando alcance ese color significará que la luz empieza a iluminar tu alma, que la paz estará más cerca. Hay un detalle más: esta flor es ahora más grande porque cada pétalo de esa rosa negra corresponde a una de las personas que marcaron tu vida.

Los ojos del poeta se abrieron y su corazón palpité con fuerza.

—Entonces, uno de esos pétalos... ¿puede ser mi madre? ¿Mi padre? ¿Mis hermanas?

Dolores suspiró y se encogió de hombros.

—Es muy probable, aunque no puedo darte seguridad. Quizás, viendo esa cantidad de pétalos, pienses que te encontrarás con muchas personas, pero te advierto que ahí hay de todo. Personas que te quisieron y las que no. Tampoco podrás hablar con todas. El tiempo y el espacio se deberán alinear para que se produzca ese encuentro. Si este no tiene lugar, el pétalo caerá y esa persona te olvidará para siempre.

Aquella frase aterró a Federico. Un instante antes estaba ilusionado por saber que tenía una mínima opción de encontrarse con los suyos y, ahora, el desaliento se había apoderado de su alma. Por un lado, sabía que era la única oportunidad. Tanto para verlos como para que fuera una ocasión perdida.

—¿Podré hablar asuntos pendientes con quien quiera?

—Podrás, pero a veces decidirás tú y otras, la sombra con la que te encuentres. Será siempre temporal. No te aferres a



nadie, pues de lo contrario nunca podrás avanzar. Hay que saber despedirse y alejarse para continuar.

—¿Cómo sabré cuáles son esas personas a las que pueda dedicar más tiempo?

—Escucha a tu corazón. Solo él te dirá a quién dedicar un espacio del preciado tiempo que se te devuelve. Y tu corazón te dirá también con quiénes ya no hay nada que hablar. Debes elegir para avanzar.

Federico resopló y miró al vacío, entre la duda y el miedo de dejar escapar la única opción de reencontrarse con los suyos.

—Sé la verdad de fondo... pues cualquier paso en falso acabará con este juego macabro que me condena a una oscuridad eterna. Y, además, sea cual sea el final... ya no os vería tampoco a vosotras ningún año más, ¿verdad?

Conjuradora asintió con la cabeza.

—No pienses en nosotras, piensa en ti. Tienes que hacer este viaje. Es la última ocasión para hacerte inmortal, Federico, y cerrar lo que se te negó en vida. Despidete de todos y afronta el camino. Y si ocurre algo, siempre hacia delante, nunca mires hacia atrás. Toma este viaje como un sueño.

Federico atrapó esa última palabra, con la mirada perdida en aquella rosa enigmática tras el cristal, y recordó todos sus viajes del pasado, los sonidos de trenes, el movimiento del coche, el aire en la cara en el barco a Nueva York, encuentros, rostros, palabras, frases últimas y sueños por cumplir, sueños.

*El sueño va sobre el tiempo,
flotando como un velero,
flotando como un velero,
nadie puede abrir semillas
en el corazón del sueño,
en el corazón del sueño.*

Recitó él, en voz alta y casi inconsciente, para luego girar su cuerpo hacia ella.

—Pero ¿cómo lo hago? Con lo torpe que soy, me voy a perder y lue... —Federico sintió sonar los cascabeles del bastón de Conjuradora, y comprobó que la bruja entraba con premura dentro de la casa, apenas iluminada, sin dar respuesta a sus preguntas—. ¡Pero Dolores, espera, espera! —Tropezó en la entrada, se maldijo a sí mismo y, mientras no dejaba de repetir su nombre en alto para que parase, comprobó cómo ella abría y entraba por la puerta pequeña bajo la escalera—. ¡Pero mujer, a dónde vas! ¡Que por ahí solo hay polvo y trastos! ¡Que no se va a...

Federico no pudo pronunciar ninguna reflexión más, cuando se dio cuenta de que estaba rodeado por la tenebrosidad más absoluta y con un frío que le calaba hasta los huesos. Él, que siempre tuvo pánico a aquella sensación, notó cómo se cerraba la puerta tras él y cómo aquel espacio minúsculo parecía ser ahora un camino sin fin. Intentó calmarse. Al fin y al cabo, nada podía ser peor que la soledad que experimentó antes de que lo mataran. Ahora, con sus manos adelantadas, inició a ciegas la marcha. Con pasos torpes y con miedo, Federico gritaba el nombre de Dolores. Sus cascabeles sonaban cada vez más lejanos, pero ahora tenían una armonía diferente, casi hipnotizante y evocadora, que lo sumergía en otra dimensión.

No entendía nada. Una corriente de aire golpeó su cara, y comprobó que, al fondo, había un punto de luz. Aceleró el paso hacia él, a la par que percibía unos susurros y murmullos que aumentaban de intensidad. Comprobó que el espacio que lo rodeaba, que le había parecido infinito, se estrechaba, pues empezó a notar cómo unas paredes invisibles se movían y ya le rozaban tanto el ancho de su cuerpo como su altura, obligándole a encorvarse. Sintió que se hallaba en una galería estrecha y pequeña y que, si quería pasar al otro lado, tendría que agachar más su cuerpo. Así lo hizo, con rapidez, sabiendo que podría ser la única salida. La luz cada vez era más potente, más blanca, hasta que le cegó por completo. Aun así, avanzó

como pudo hasta que comprobó que la luz más intensa desaparecía por completo, que podía ya incorporarse, que un olor le resultaba familiar, que su ropa había cambiado por un traje de antaño y comprobó, al darse la vuelta, que lo que acababa de atravesar era el pequeño pasadizo que conectaba el salón de su piano con la cocina donde creció. El viaje había empezado. Estaba en su casa de Fuente Vaqueros.

FUENTE VAQUEROS

Un golpe de recuerdos estremeció la memoria de Federico. No solo era el olor a campo mezclado con cal, ni aquellas paredes blancas que vio nada más nacer, ni el suelo donde aprendió a andar, ni aquella cocina donde de pequeño escuchaba conversaciones casi clandestinas entre mujeres. De fondo percibía unas voces que, tanto tiempo después, reconocía que pertenecían al baúl de la niñez y que provenían del patio interior. Inspiró con fuerza intentando contener la emoción, con miedo a avanzar, pero recordó el aviso de Conjuradora: «Siempre adelante».

A su derecha quedaba el camino empedrado que le llevaría hacia aquel patio cargado de luz, de piedras redondas y con un pozo. Dio tres pasos más, lentos, y con el miedo a no ser reconocido y con el corazón casi en la garganta comprobó que allí estaban ellas. Aquellas mujeres sintieron la presencia, que golpeó de forma directa en su memoria. Y, de inmediato, sus ojos se cargaron de lágrimas, con el aliento cortado por la impresión. Federico corrió hacia ellas como aquel niño de andares torpes que dio sus primeros pasos en aquella casa, y se dejó caer a las rodillas de Dolores, la Colorina, la criada más fiel de la familia García Lorca, la que fue nodriza y cuidó de Paco, del resto de sus hermanos y de él mismo. Era la típica mujer que él no dejó de honrar en sus escritos. La que venía de lo tosco y pobre, la que carecía de privilegios, la que parecía estar en segundo lugar cuando su trabajo era el sostén de la casa. La mujer cogió la



cara del poeta y la besó compulsivamente, de forma sonora, a la vez que le ponía hacia atrás parte de su flequillo, mientras que su prima Aurelia y su amiga y niñera, Carmen, intentaban también arrojárselo. Federico, rebotante de felicidad y sin saber cuánto tiempo podría estar junto a ellas, siguió abrazándolas sin control.

—¡Pensaba que íbamos a olvidarte antes de que un día llegaras! ¡Pero yo tenía un pálpito! ¡Mi criaturica! ¡Gracias! —gritaba su nodriza, con las manos elevadas al cielo.

—¿Cómo es posible? —preguntaba Federico, ya en pie, y estirando los brazos de su prima y su amiga, a la vez que las contemplaba con un rostro iluminado y las achuchaba con mucha fuerza—. No estáis...



mayores... , estáis aún jóvenes, tal y como os dejé, pero... llegasteis a vivir más que yo, ¿verdad?

—¿Aún no sabes la regla del mundo de los muertos? —preguntó Aurelia, quien continuó con su exposición ante la negación de Federico—. Cuando morimos y nos encontramos con otra persona difunta, adquirimos ante sus ojos la forma que teníamos cuando nos vimos por última vez. Tú me ves con esa edad porque es la que tienes en tu recuerdo de nuestro último encuentro. Pero, a la vez, proyectamos otra apariencia con otras personas. Por ejemplo, Carmen o Dolores me ven mayor, porque tras tu marcha nos vimos en algunas ocasiones.

—Yo, Federico, te veo incluso igual que la última vez. ¿Recuerdas que fuimos mi marido, mi niño y yo a visitaros a la Huerta y que comimos migas con melón? —matizó Carmen, antes de que Aurelia prosiguiera.

—Las tres hemos elegido descansar a menudo en esta casa porque...

—Porque la Huerta fue de donde huiste, mi Federico, y yo no quiero recordar nada de lo que ocurrió entre aquellas otras paredes... Malditos sean todos esos malnacidos que te arrancaron —excró Dolores entre dientes, mientras sacaba de su pecho un pañuelo para secarse unas lágrimas.

—No traigas esos recuerdos —suplicó Federico.

—Los traigo porque aún me pesan. Una no se podía fiar de nadie. Yo ya lo dije, ni de la iglesia, de las monjas, de los curas... , de nadie. No os fieis de nadie. No sabes bien cómo el horror estaba en mi cara cuando vi que Madrid había caído y tu padre dijo que se iban fuera de aquí... Lo que yo gritaba. No sabía si irme para la *catedra*...

—«Catedral», se dice «catedral», que bien te enseñaba mi hermana Isabel.

—Lo mismo da, mi Federico. Tú me entiendes. Nací y morí sin estudiar, el destino de las mujeres pobres. Bien que agradezco a tu familia el haberme salvado de un mundo peor, aunque no era yo santo de tu madre, pero eso ya es otro *cantá*... —dejó deslizar.

—Antes de nada, quiero darte las gracias.

—¿A mí? Pero ¿por qué? Que solo fui una mujer pobre que apenas hablaba bien. Si todo me lo enseñaste tú, mozo.

El poeta la atravesó con sus ojos antes de responder.

—Gracias por cuidarme y darme amor, que, al fin y al cabo, es lo único que buscamos los humanos cada día. Y tú, querida mujer, sin ser de mi sangre, me lo regalaste desde el primer momento.

La anciana, emocionada, besó sus manos en correspondencia.

—¿Te quedas para siempre, verdad?

Federico titubeó ante aquella pregunta de la anciana, sin saber bien qué responder.

—Creo que estoy de paso, que aún no puedo quedarme... Necesito ver a mucha gente con la que dejé conversaciones pendientes, pero, sobre todo, quiero que me seáis sinceras... ¿Y mamá? ¿Y papá? ¿Y mi hermano Paco? ¿Isabel, Concha? —preguntó, intentando desvelar respuestas en sus miradas, que no transmitían certezas.

—No lo sabemos, nadie más los ha visto —confesó Carmen.

—Quizás no se muestren a los demás hasta que te vean a ti —añadió Aurelia.

Federico se acercó al pozo. Divisó su profundidad, quizás a la espera de alguna respuesta. Luego, alzó la mano hasta alcanzar uno de los racimos de uvas de la parra que tenía sobre su cabeza y devoró con dulzor algunos frutos hasta dejar pelado el raspón. Aquel sabor de infancia le hizo sentarse para compartir anécdotas de antaño con ellas. Como cuando llevaba los pies *mataícos* con los zapatos nuevos en la feria del pueblo, y su lamento por no poder comer tejerinos al estrenar un traje. Recordó a su prima cómo la furgoneta de La Barraca fue bautizada como *La bella Aurelia*, a lo que Dolores reclamó que ella estuvo en primera fila cuando la compañía interpretó los *Entremeses* de Cervantes en el antiguo cartel de Santo Domingo, o que ella estaba detrás de muchas de las criadas a las que Lorca daba vida en sus páginas, o que fue maquillada por él, para una representación doméstica de *El alcázar de las perlas*, de Villaespesa,

y cómo luego su hermano Paco la mandó a ir a comprar cacahuets al Teatro Cervantes «con unas pintacas horribles».

—Mi Federico —llamó la anciana, con una sonrisa de calma—, gracias por haber hecho mi vida tan diferente. Solo era una mujer pobre, y al pobre se le niega desde el pan hasta lo que alimenta por dentro, ese arte que tú tenías y que me ponía ante los ojos cosas que nunca pensé. Y si además de pobre eras mujer, estabas atada como las bestias solo por serlo. A quedarse con lo que te tocaba y sin rechistar, ni *mijita* —refunfuñó, justo antes de cambiar su expresión a otra más dulce—. Pero tú bien que pusiste ahí, en el papel, a esas rebeldes que se ponían el mundo por montera. —La mujer hizo una pausa mientras su memoria viajaba en el tiempo—. Te prometo que cuando esperaba el regreso de tu familia a España, pensaba que quizás todo había sido un mal sueño y que tú aparecerías por detrás en algún momento. . . , mi criatura —suspiró, mientras besaba su mano y tiraba de él para abrazarlo—. Sabes bien, muchacho, que me diste muchas risas, y más aún con ese demonio que tuve por marido, que nos maltrató, y tuve que ingresar a las niñas en el hospicio. Que con ustedes, a su servicio, yo parecía estar bien, pero llevaba mi cruz por dentro.

De pronto, la anciana se centró en los ojos de Federico, en sus pestañas, en su iris y en su pupila, e identificó aquella mirada de niño cuando estaba entre sus brazos siendo pequeño, y cantó en voz alta.

*A la nana, nana, nana,
a la nanita de aquel
que llevó el caballo al agua
y lo dejó sin beber. . .*

—Tus nanas, y las que mamá cantaba, están en todas mis obras. Tu voz está en todas ellas.

—Y yo lo sabía, granuja, que me daba cuenta de todo —expresó, con un beso fuerte sobre su mano—. Ojalá haberte acunado siempre.



Haber hecho algo para que nunca hubieras crecido y hubieras sido siempre chiquitito, para que nadie te hiciera daño. Qué *penica* de recuerdos cuando pesan tanto.

Federico no quería que su nodriza sufriera con aquellas memorias, y cambió su pensamiento en cuanto le solicitó uno de sus cafés iluminados, donde echaba un poquito de aguardiente. La anciana sonrió picarona y fue a prepararlo, con la compañía de las otras mujeres y del propio Federico, que le recordaba a su prima Aurelia cómo le cautivó aquella expresión que ella le dijo un día en una cocina, «Echa los huevos cuando se ría el aceite», y cómo aquella metáfora despertó sus sentidos. La propia Aurelia soltó una carcajada ante aquella apreciación y quiso confesar ante el resto de las mujeres cómo su madre y sus tías y sus primas echaban el cerrojo de la casa cuando llovía, porque Federico iba directo a ver cómo Aurelia gritaba, corría y se escondía de miedo ante las tormentas. E incluso a veces simulaba un soponcio mientras decía en su mecedora: «¡Mirad cómo me muero!».

—Prometo que era así, que yo mismo lo presencié con estos ojos de los que doy parte solemne —certificaba Federico ante las risas de ellas—. Aquello parecía un gran teatro, querida prima, y no podía evitar verte y aprender de ti. Todas habéis sido inspiración.

La propia Aurelia aprovechó para invitar a Federico a pasear por el resto de la casa y, a cada metro, bullían borbotones de recuerdos. Sobre todo porque él, siempre, a cada cosa, mueble, objeto, un árbol o una piedra, le daba su personalidad. Se emocionó cuando se vio vestido de bautismo pero, aún más, después de contemplar su pesado taca-taca de madera, que no daba crédito que aún se conservara. También con su piano, que recordó haber tocado por última vez. Pero, sobre todo, cada esquina, cada mirada posada en un objeto le traían una voz, una piel y una conversación.

Carmen le invitó a salir de la casa, para caminar por el pueblo y recordar «aquel altar» que juntos creaban con flores, y los primeros teatros de títeres, cuando pidió a su madre los muñecos de cartón vestidos de rojo. Avanzaron por la calle solitaria hasta llegar a una tapia baja donde comprobó que estaba el altar, con la imagen de la Virgen, tal y como él lo

construía antes de decir misa. Era su juego favorito porque su teatralidad y puesta en escena le fascinaban.

—¡Menudos sermones os daba...! Os pido perdón por ello —disculpó Federico, entre unas risas vagas.

—Y menudos chantajes, también, además del sermón, que nos pedías o partirnos de risa o llorar profundamente.

—¡Es que, si no, no era teatro!

Carmen sonrió antes de continuar.

—Siempre supimos que éramos afortunados de tenerte, amigo, pero cuando te fuiste todos aquellos recuerdos fueron oro. Con el tiempo, creo que todos habríamos dado cualquier cosa por volver a vivir esos instantes. Así se lo dije a toda la gente que vino a Fuente Vaqueros tras tu muerte, cuando regresó la libertad y pudimos empezar de nuevo a nombrarte. No imaginas la cantidad de personas que preguntaban por ti y cómo les contaba de tu alboroto y tu alegría, de tus seguidillas y martinetes. Te fuiste, amigo, y leí y releí todo. Tu *Zapaterita*, tu *Doña Rosita*, tu *Yerma*, tus *Bodas de sangre*... Releer era volver a escuchar tu voz y, en cierta manera, mantenerte vivo.

Federico se removió incómodo. Quería preguntar por su prima Clotilde, pero evitó insistir. Dio unos pasos ante aquel altar del pasado, en el que se persignó. Le parecía magia recuperar aquella etapa y se imaginó de niño, disfrazado, haciendo sus predicaciones para conseguir la reacción de su público.

—Me siento muy pequeño ante todo esto, ahora mismo...

—Siempre te pensaste pequeño, pero eras muy grande, Federico.

—Qué más da... Nadie me buscó —respondió él, cabizbajo.

—En cierta manera, creo que todos te fallamos. El miedo, querido, el miedo que nos amordaza siempre.

Él suspiró profundamente, tras una breve reflexión interna acerca de esa palabra.

—No se puede imaginar lo que es el miedo hasta que en una noche sin luna sabes que van a matarte y nadie te salvará.